

Día 23. Congregados y enviados

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre eterno, que enviaste a tu Hijo para revelarnos tu amor incondicional y tu designio de salvación, derrama sobre nosotros tu Espíritu, que impulse a la Iglesia a llevar a todos los hombres la buena nueva de tu Evangelio, encendiéndolos en las ansias redentoras del corazón de tu Hijo.

MEDITACIÓN:

Viendo todo lo que Jesús ha hecho por nosotros, viendo cuánto nos ha amado y regalado, hemos de preguntar al Señor qué quiere que hagamos por ÉL; escuchemos lo que dijo antes de ascender al cielo:

Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id, pues y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 16-20)

Cuando Jesús vuelve al Padre, nos lleva con ÉL, introduce su humanidad, nuestra humanidad, en el seno de la Trinidad. Con su resurrección y ascensión a los cielos, devuelve al hombre el gozar de esa comunión con la Trinidad que Adán perdió por el pecado.

¡Qué grande es su amor y su misericordia! Quiere que todos los hombres, todos, sin que se pierda uno solo, gocen del abrazo eterno de su amor. Su voluntad es que lleguemos a participar en la comunión que existe entre ÉL y el Padre en el Espíritu. Esto sucederá plena y definitivamente cuando vuelva en gloria y majestad en su segunda venida. Por eso tiene tanta paciencia y tarda en regresar, porque no se cansa de esperar y de darnos muchas oportunidades para que acojamos el amor que brota de su corazón traspasado.

Esa es la razón por la que deja a su Iglesia el encargo de la misión, por la que nos envía a anunciar su amor, el cual quiere encender al mundo en caridad. Nos dice el Papa Francisco en la *Dilexit nos*:

Él te envía a derramar el bien y te impulsa por dentro. Para eso, te llama a una vocación de servicio: harás el bien como médico, como madre, como docente, como sacerdote. (...) ÉL mismo nos dice: “Yo los envió” (Lc 10, 3). Esto es parte de la amistad con ÉL. Por eso, para que esa amistad madure, hace falta que te dejes enviar por ÉL a cumplir una misión en este mundo, con confianza, con generosidad, con libertad, sin miedos. Si te encierras en tus comodidades, eso no te dará seguridad, siempre aparecerán temores, tristezas, angustias. Quien no cumple su misión en esta tierra no puede ser feliz, se frustra. Entonces, mejor, déjate enviar, déjate conducir por ÉL adonde ÉL quiera. No olvides que ÉL va contigo. (...) ÉL lo prometió y lo cumple: «Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo». (Mt 28, 20) ¹

Tenemos que ser muy agradecidos con Jesús. Cuántas gracias hemos de darle por la Iglesia, su Esposa. ÉL nos la regala como madre que nos engendra en la fe, y ha hecho de ella un sacramento universal de salvación. Cuánta ha de ser nuestra gratitud por tantas personas que han sido cauce para que le conozcamos y podamos amarle. ¿Cómo no agradecerle por quienes, dóciles a su inspiración, se han dejado enviar como ÉL se dejó enviar por el Padre, para que muchos lleguen

al conocimiento de la verdad y se salven? ¿Cómo no mostrarle nuestro agradecimiento ante su deseo de que colaboremos con Él en la obra de la Redención para que el mundo tenga vida? El Señor, a través de su Espíritu Santo, que brota de la herida de su corazón, conduce a la Iglesia y nos mueve por los caminos de la misión.

Con los sentimientos del Corazón de Cristo, pidamos al Señor que derrame este Espíritu de amor que devuelva a la Iglesia la unidad. Porque por el amor que nos tengamos unos a otros, muchos creerán. El anuncio del Evangelio necesita de la unidad de la Iglesia. Por eso hemos de encendernos en su corazón, porque solo el fuego de su amor destruirá toda división, toda disensión y todo obstáculo que impida la misión. Si se lo pedimos de verdad, el Señor infundirá en nosotros su aliento de vida, ese Espíritu que unificará todo en nuestro corazón y nos hará instrumento y cauce a través del cual muchas personas le conocerán; seremos evangelios vivientes, ese evangelio que, quizá, sea el único que muchos lleguen a leer.

El mundo, la Iglesia, necesitamos las gracias y los tesoros inagotables de su Corazón abierto: de Él recibimos su amor, su Espíritu Santo que nos impulsa a evangelizar y a proclamar, no solo con la palabra sino con la vida, que tenemos un Dios que es amor.

PROPÓSITO:

Jesús, hazme crecer en comunión contigo, porque la fecundidad de todo apostolado depende de mi unión vital con tu Corazón, y aviva mi ardor apostólico para acercar a alguien a ti con mi palabra o ejemplo.

JACULATORIA:

Jesús, fuente de unidad y salvación de los hombres, haz mi corazón semejante al tuyo.

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 215